

San Josemaría Escrivá

*Anthony Allen**

El 6 de octubre del año 2002, el Papa Juan Pablo II canonizó al presbítero Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, en la plaza de san Pedro que, para la ocasión, estaba bellamente adornada con miles de flores, traídas en su mayoría de Ecuador. Unos trescientos mil peregrinos de diversas lenguas, razas, culturas y tradiciones, provenientes de 84 naciones de todos los continentes llenaban las plazas de San Pedro y de Pío XII, la Vía de la Conciliación y las calles adyacentes. Para poder seguir mejor la ceremonia se montaron nueve pantallas gigantes de televisión. Mientras esperaban la llegada del Santo Padre para iniciar el sagrado rito, los fieles se prepararon a la ceremonia con oraciones, cantos y lecturas de pensamientos del nuevo santo.

Como es tradición en estos casos, al inicio de la ceremonia el prefecto de la Congregación para las causas de los santos, acompañado por el postulador de la causa, postuló la canonización y leyó una breve biografía. ¿Quién es este hombre que a 27 años de su *dies natalis* ha sido elevado a los altares para gloria de Dios y provecho de los hombres, especialmente de los cristianos?

Algunos datos biográficos

Josemaría Escrivá nació en Barbastro el 9 de enero del 1902. Sus padres, fervientes católicos, le bautizaron el 13 del mismo mes y año, y le transmitieron los fundamentos de la fe y las virtudes cristianas: el amor a la confesión y a la comunión frecuentes,

* Periodista

el recurso confiado a la oración, la devoción a la Virgen santísima, la ayuda a los más necesitados. Muy pronto Dios Nuestro Señor comienza a templar su alma en la forja del dolor: entre 1910 y 1913 murieron sus tres hermanas más pequeñas, y en 1914 la familia experimenta, además, la ruina económica. En el invierno de 1917-1918 tiene lugar un hecho que influirá decisivamente en el futuro de su vida: durante las Navidades cae una intensa nevada sobre la ciudad de Logroño, donde vivía la familia desde 1915, y un día ve sobre el suelo las huellas heladas de unos pies sobre la nieve: eran las pisadas de un religioso carmelita que caminaba descalzo. De ese modo surge en su alma una inquietud divina. Sin saber aún con precisión qué le pide el Señor, decide hacerse sacerdote.

Estudió en los seminarios diocesanos de Logroño y Zaragoza. En esta ciudad, con permiso de los superiores, simultaneó los estudios eclesiásticos con la carrera civil de derecho. Durante estos años pasa mucho tiempo rezando ante el Señor sacramentado, enraizando su vida interior en la Eucaristía. «Rezaba, rezaba en oración continua. No cesaba de repetir: ¡Señor, que vea! ¡Señor, que sea!» También acudía diariamente a la basílica del Pilar para pedir a la Virgen que Dios le mostrara lo que quería de él. Por fin, el 28 de marzo de 1925 fue ordenado sacerdote por Mons. Miguel de los Santos Díaz Gómara, y dos días después celebró su primera misa solemne en la Santa Capilla de la basílica del Pilar. En abril de 1927, con el beneplácito de su arzobispo, se trasladó a Madrid para obtener el doctorado en derecho. Aquí su celo apostólico le pone pronto en contacto con gentes de todos los ambientes de la sociedad: estudiantes, artistas, obreros, intelectuales, sacerdotes. También desarrolló una abnegada actividad en los suburbios y las zonas marginales de la capital con desahuciados de los hospitales públicos, especialmente tuberculosos, con grande riesgo de su vida.

El 2 de octubre de 1928, en un día de retiro espiritual, y mientras medita los apuntes de las mociones interiores recibidas de Dios en los últimos años, vio por inspiración divina que Dios le

pedía que difundiese en todo el mundo la llamada universal a la santidad, y que abriera un nuevo camino dentro de la Iglesia para transmitir esa llamada a todos los hombres. Nace así el "Opus Dei". Desde ese momento, Josemaría se entrega en cuerpo y alma al cumplimiento de su misión. No se considera ni un innovador ni un reformador, pues está convencido de que Jesucristo es la eterna novedad y de que el Espíritu Santo rejuvenece continuamente a la Iglesia, a cuyo servicio Dios ha suscitado el Opus Dei. Comienzan poco a poco a seguirle personas de todas las condiciones sociales y, en particular, grupos de universitarios, en quienes despierta un afán sincero de servir a sus hermanos los hombres, encendiéndolos en el deseo de poner a Cristo en la entraña de todas las actividades humanas mediante un trabajo santificado, santificante y santificador. En los años de la guerra española, el Opus Dei se remansa, y don Josemaría se prodiga heroicamente en la oración, en la penitencia y en el apostolado. Pero en 1939, una vez terminado el conflicto civil, el fundador del Opus Dei puede dar un nuevo impulso a su labor apostólica por toda España, y moviliza especialmente a muchos jóvenes universitarios para que lleven a Cristo a todos los ambientes y descubran la grandeza de su vocación cristiana. En esos años, muchos obispos y superiores de diversas órdenes religiosas le invitan a dar retiros, y él accede siempre.

En 1943, por una nueva gracia fundacional que recibió durante la celebración de la misa, nace la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, inseparablemente unida al Opus Dei, a la que pertenecen miles de sacerdotes diocesanos de todo el mundo. La plena pertenencia de fieles laicos y de sacerdotes al Opus Dei, así como la orgánica cooperación de unos y otros en sus apostolados, es un rasgo propio del carisma fundacional, que la Iglesia ha confirmado en 1982, al determinar su definitiva configuración jurídica como prelatura personal. La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz desarrolla además, en plena sintonía con los pastores de las Iglesias locales, actividades de formación espiritual para sacerdotes diocesanos y candidatos al sacerdocio. Los sacerdotes diocesanos también pueden formar parte de la Sociedad Sacerdotal de la San-

ta Cruz, manteniendo inalterada su pertenencia al clero de las respectivas diócesis.

En el año 1946, a pocos meses de concluida la segunda guerra mundial, se traslada a Roma con el fin de preparar el reconocimiento pontificio del Opus Dei. El 24 de febrero de 1947 Pío XII concede el *Decretum laudis*, y el 16 de junio de 1950 logra que la Santa Sede conceda que puedan ser nombrados cooperadores del Opus Dei todo tipo de personas: creyentes y no creyentes, católicos y no cristianos, siendo así la primera institución de la Iglesia en la que se vivió esta experiencia ecuménica e interreligiosa. En este período la sede central del Opus Dei queda definitivamente establecida en Roma, para subrayar de modo aún más tangible la aspiración que informa todo su trabajo: «servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida, en estrecha adhesión a la cátedra de Pedro y a la jerarquía eclesiástica».

Son años de grande expansión, mezclada con dolorosas pruebas de Dios y con estrecheces económicas. El deseo de inundar la tierra con la luz de Cristo le lleva a acoger las llamadas de numerosos obispos que, desde todas las partes del mundo, piden la ayuda de los apostolados del Opus Dei a la evangelización. Surgen así proyectos muy variados: escuelas de formación profesional, centros de capacitación para campesinos, universidades, colegios, hospitales y dispensarios médicos, etc. Estas actividades están abiertas a personas de todas las razas, religiones y condiciones sociales, porque su clara identidad cristiana se compagina siempre con un profundo respeto a la libertad de las conciencias.

Al ser convocado el concilio Vaticano II por iniciativa del Papa Juan XXIII, el futuro santo comienza a rezar y a hacer rezar por el feliz éxito de esa gran iniciativa. Durante las sesiones conciliares, don Josemaría se encuentra con numerosos padres conciliares y peritos, que ven en él un precursor de algunas de las líneas maestras del Vaticano II: la llamada universal a la santidad, el trabajo profesional como medio de santificación y apostolado, el valor y los límites legítimos de la libertad del cristiano en las

cuestiones temporales, la santa misa como centro y raíz de la vida interior. Profundamente identificado con la doctrina conciliar, el fundador del Opus Dei promueve diligentemente su puesta en práctica en todo el mundo.

En los últimos años de su vida, don Josemaría emprende viajes de catequesis por numerosos países de Europa y de América Latina. Mantiene en todas partes encuentros sencillos y familiares, en los que habla de Dios, de los sacramentos, de las devociones cristianas, de la santificación del trabajo, del amor a la Iglesia y al Papa. El 26 de junio de 1975, a mediodía, mientras trabaja en su despacho, Dios le llama al encuentro definitivo con la santísima Trinidad, a consecuencia de un paro cardíaco, estando a los pies de un cuadro de la santísima Virgen, a la que dirige su última mirada.

Quienes conocieron bien al nuevo santo subrayan, como un rasgo abarcador de su personalidad, la unidad de vida, que no es un logro meramente humano ni el resultado de un orden mental, de una eficiencia organizativa o del esfuerzo personal por alcanzar la serenidad del espíritu, sino que surge de la acción del Espíritu Santo. El Cardenal Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las causas de los santos, ha escrito: «La vida del fundador del Opus Dei fue la aplicación más elocuente de su mensaje. Eso se ha visto claramente a lo largo de su causa de canonización. La lección de todo santo se explicita en la complementariedad entre la vida, la predicación y los escritos». Y Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, ha contado que vivir junto a Josemaría Escrivá ha sido para mí una constante lección de unidad de vida: cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras, todos los proyectos que emprendía, estaban explícitamente orientados hacia el Señor. Nacían de la fe, tomaban forma con la esperanza de su ayuda, manifestaban el deseo de servirle. En él se veía encarnado el programa expresado por estas palabras de *Camino*: «Decía un alma de oración: en las intenciones, sea Jesús nuestro fin; en los afectos, nuestro Amor; en la palabra, nuestro asunto; en las acciones, nuestro modelo» (n. 271). Y en su libro *Es Cristo que pasa*,

ha escrito el nuevo santo: «No soportamos los cristianos una doble vida. Mantenemos una unidad de vida, sencilla y fuerte en la que se fundan y compenetran todas nuestras acciones».

La espiritualidad y apostolado del Opus Dei

Si en toda institución religiosa es difícil separar el espíritu de la acción, esto se acentúa respecto al Opus Dei. Es por este motivo que hemos preferido considerar juntamente la espiritualidad y el apostolado de la obra fundada por don Josemaría Escrivá de Balaguer. ¿Cuáles son algunas de las características de esta espiritualidad/apostolado? He aquí las que parecen más relevantes y que son subrayadas tanto por el Santo Padre, en los discursos de la canonización, como por otras personalidades sea de la Iglesia sea del mismo Opus Dei.

1) *La adhesión a la voluntad de Dios.* Escribe el Papa: «En el fundador del Opus Dei destaca el amor a la voluntad de Dios. Existe un criterio seguro de santidad: la fidelidad en el cumplimiento de la voluntad divina hasta las últimas consecuencias... El santo no logra ni siquiera concebirse a sí mismo fuera del designio de Dios: vive sólo para realizarlo» (7 de octubre 2002). Y el día anterior, 6 de octubre, el Papa dijo del nuevo santo: «Él se dejó guiar dócilmente por el Espíritu, convencido de que sólo así se puede cumplir plenamente la voluntad de Dios». Mons. Flavio Capucci, postulador general de la causa, escribirá: «En este sentido, siempre me ha impresionado el punto 774 de *Camino*: “Escalones: resignarse con la voluntad de Dios; conformarse con la voluntad de Dios; querer la voluntad de Dios; amar la voluntad de Dios”. Josemaría Escrivá recorrió este camino –resignarse, conformarse, querer, amar– hasta el final, hasta el pleno abandono en la voluntad de Dios, que es mucho más que una resignación pasiva. Es un amor sincero a todo lo que Dios quiere» (ORE 41 (2002) 8).

Don Josemaría pudo buscar en todo la voluntad de Dios, porque era un hombre de profunda vida de oración, un hombre impregnado por la presencia de Dios en toda su existencia. «La vida habitual de un cristiano que tiene fe, –escribe don Josemaría– cuando trabaja o descansa, cuando reza o cuando duerme, en todo momento, es una vida en la que Dios está siempre presente» (*Meditaciones*, 3 de marzo de 1954). Y el papa comenta: «Esta visión sobrenatural de la existencia abre un horizonte extraordinariamente rico de perspectivas salvíficas, porque, también en el contexto sólo aparentemente monótono del normal acontecer terreno, Dios se hace cercano a nosotros y nosotros podemos cooperar a su plan de salvación» (6 de octubre 2002). Según el actual prelado del Opus Dei el fundamento de todo está en «transformar toda actividad –así como el vastísimo mundo de los afectos, de los proyectos vitales, de los intereses que nos llevan más allá de nosotros mismos– en encuentro con Dios, en oración» (Mons. Javier Echevarría, *L'Osservatore Romano en español* (ORE), no. 41 (2002), 7). Así se explica lo que el fundador del Opus Dei solía decir: «Yo no he inventado nada; es Otro quien actúa; yo sólo estoy dispuesto a servir de instrumento». O lo que él recomendaba siempre: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy “en tercer lugar”, acción» (*Camino*, n. 82). A ello comenta el cardenal Ratzinger: «Un hombre abierto a la presencia de Dios se da cuenta de que Dios actúa siempre y actúa también hoy. Por tanto, debemos dejarlo entrar y dejarlo actuar. Y es así como nacen las cosas que dan futuro y renuevan la humanidad» (ORE, 40 (2002) 8). Concluyo con este bello pensamiento del cardenal Camillo Ruini, vicario del Papa para la diócesis de Roma: «su vida y el Opus Dei que fundó son un signo claro de la acción vivificadora del Espíritu Santo en la Iglesia, uno de los notables frutos producidos por el dinamismo de la gracia en la historia» (ORE 40 (2002) 11).

2) *La vocación universal a la santidad.* Éste es sin duda uno de los aspectos más acentuados por el Santo Padre y los diversos comentaristas de la canonización de don Josemaría. Juan Pablo II exhortaba a los miembros del Opus Dei con estas significativas

palabras: «Siguiendo sus huellas, difundid en la sociedad, sin distinción de raza, clase, cultura o edad, la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad. Esforzaos por ser santos vosotros mismos en primer lugar, cultivando un estilo evangélico de humildad y servicio, de abandono en la Providencia y de escucha constante de la voz del Espíritu. De este modo seréis “sal de la tierra” (cf Mt 5,13) y brillará vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5, 16)» (ORE 41 (2002) 5). El prefecto de la congregación para las causas de los Santos, el cardenal José Saraiva, afirma por su parte: «La santidad puede definirse como plenitud del desarrollo de la gracia de la filiación divina en el alma. En esta verdad primigenia se funda la proclamación de la vocación de todos los hombres, sin distinción de estado, a la perfección de la caridad» (ORE 40 (2002) 9). «La tarea precisa –escribe el cardenal Lustiger– que la Providencia encomendó al beato Josemaría incide sobre uno de estos mensajes: poner por obra la llamada a la santidad de todo el pueblo cristiano». Y Domenico Sigalini, asistente general adjunto de la Acción católica italiana, dirá: «La santidad, como siempre ha enseñado la doctrina católica, es un don de Dios par todos. Y que haya alguien que consiga que los laicos procuren convertirla en una experiencia viva...es otro gran don de Dios. Significa que don Josemaría ha sabido captar los sueños de Dios sobre esta humanidad».

3) *La santificación de la vida ordinaria, del trabajo.* El santo solía usar esta triple expresión: «Santificar el trabajo; santificarse en el trabajo; santificar a los demás con el trabajo propio» (*Es Cristo que pasa*, n. 122). Con Juan Pablo II «se podría decir que fue el santo de lo ordinario. En efecto, estaba convencido de que, para quien vive en una perspectiva de fe, todo ofrece ocasión de un encuentro con Dios, todo se convierte en estímulo para la oración. La vida diaria, vista así, revela una grandeza insospechada» (7 de octubre 2002). «Hemos de trabajar mucho en la tierra; y hemos de trabajar bien, porque esta tarea ordinaria es lo que debemos santificar» (*Amigos de Dios*, n. 202). La vida ordinaria, sostiene el cardenal Saraiva, no es sólo escenario, sino también

materia de santidad, donde el gesto más insignificante se transforma en oración. Quien sabe captar la dimensión sobrenatural de lo ordinario, quien lo vive como búsqueda activa del encuentro con Cristo, asiste a su transfiguración diaria. A los ojos de la fe, incluso lo que a primera vista puede parecer gris, soso, monótono, revela la presencia de Dios: «Hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir» (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 114). Por su parte el cardenal Ruini añade: “La expresión “la grandeza de lo ordinario” centra de forma eficaz el núcleo vital de sus enseñanzas. Se trata de la intuición sobrenatural del fundador del Opus Dei... Las circunstancias ordinarias de nuestra vida son, al mismo tiempo, una llamada de Dios y el lugar del encuentro con Él» (ORE 40 (2002) 11). Para Navarro-Valls, director de la sala de prensa de la Santa Sede, «Josemaría Escrivá nos hace ver que el santo no se mueve en un mundo de sombras y de apariencias, sino en este mundo nuestro de realidades humanas y concretas, en el que hay un “algo divino” que está ya ahí esperando que el hombre sepa encontrarlo. Este mundo real es precisamente la materia que se ofrece al cristiano para ser santo. La misma materia con la que cada uno de nosotros ha de enfrentarse a diario en su propia existencia, que por tanto puede estar llena, en todos sus momentos, de trascendencia divina» (ORE 40 (2002) 11).

Resulta llamativa la analogía de Mons. Zyczyński, arzobispo de Lublin (Polonia): «Así como Cristo no habló sólo de la Cruz sino que murió en ella por nosotros, así nuestro santo no sólo habló de santidad en el trabajo, sino que la realizó en su vida siendo él el santo y santificando a otros». Es éste también un punto señalado por Carla Cotignoli, del Movimiento Focolari, que escribe: «El carisma del fundador del Opus Dei, de buscar la santidad en la vida ordinaria, en el trabajo, se convierte en patrimonio de toda la Iglesia... para que los laicos puedan contribuir eficazmente en la renovación del mundo del trabajo, de la política, de la economía, del arte y de la comunicación, y devolver el alma a los diversos ámbitos sociales». Y Giancarlo Cesena, de Comunión y Liberación, subraya por su parte: «“Todo trabajo es ocasión de

santidad”. En esta frase –que es al mismo tiempo afirmación y propuesta– de Josemaría Escrivá, siento todo el atractivo y la fuerza del cristianismo, como experiencia que transforma y llena de sentido cualquier circunstancia de la vida, incluso la más rutinaria y banal». Para concluir este punto, aduzco el testimonio de Ettore Bernabei, presidente de *Lux Vide*: «Hasta el siglo XIX el trabajo era considerado una maldición para los hombres. Escrivá, al contrario, ya en los años veinte, predicaba una idea revolucionaria: el trabajo cotidiano, también el ejercido por las personas más humildes, puede ser un medio de santificación personal y de la sociedad. No hay necesidad de retirarse del mundo para encontrar el camino del paraíso» (30Giorni, XX-10 (2002) 52).

4) *Vocación al apostolado al servicio de la Iglesia*. En el centro del mensaje de Josemaría Escrivá encontramos esculpida, con incisiva insistencia, la convicción de que la vocación universal a la santidad es vocación al apostolado. «No tenemos, escribe el santo, otro fin que servir al Señor, a su Iglesia Santa, al Romano Pontífice, a las almas todas. Si la Obra no prestara este servicio, no la querría: se habría desnaturalizado» (Carta, 17 de junio de 1973, n. 11). El decreto sobre la heroicidad de las virtudes afirma que «invitó a todos los fieles a insertarse en el dinamismo apostólico de la Iglesia, cada uno desde el puesto que ocupa en el mundo. Por todo esto (relación de amistad con Dios), escribe el cardenal Ratzinger, he comprendido mejor la fisonomía del Opus Dei, esta vinculación sorprendente entre una absoluta fidelidad a la gran tradición de la Iglesia, a su fe, con desarmante sencillez, y la apertura incondicional a todos los desafíos de este mundo, tanto en el ámbito académico, como en el del trabajo, el de la economía, etc.» (ORE 40 (2002) 8). «Esta misión específica de servicio a la Iglesia, anota Mons. Fernando Ocariz, vicario general de la Prelatura del Opus Dei, es ciertamente específica en el espíritu y en los modos apostólicos, pero no sectorial, sino universal, porque se extiende a la santificación del trabajo y de todas las actividades humanas honestas. Como explicaba el fundador, “no tiene nuestra labor apostólica una finalidad especializada: tiene todas las especializaciones, porque arraiga en la diversidad de especia-

Discursos en ocasión de la presentación
lizaciones de la misma vida; porque enaltece y eleva al orden sobrenatural, y convierte en auténtica labor de alma, todos los servicios que unos hombres prestan a los otros, en el engranaje de la sociedad humana” (Carta, 9 de enero de 1959, n. 14)» (ORE 41 (2002) 9).

Con todo esto se entiende mejor lo que el Papa afirma: «San Josemaría Escrivá dedicó su vida al servicio de la Iglesia. En sus escritos, los sacerdotes, los laicos que siguen los caminos diversos, los religiosos y las religiosas encuentran una fuente estimulante de inspiración. Queridos hermanos y hermanas, al imitarlo con una apertura de mente y de corazón, dispuestos a servir a las Iglesias locales, contribuíis a fortalecer la “espiritualidad de comunión” que la carta apostólica *Novo millennio ineunte* indica como uno de los objetivos más importantes para nuestro tiempo» (7 de octubre de 2002).

Conclusión

Cada santo en la Iglesia es un reflejo pálido, pero verídico, de la santidad de Dios que continúa mostrando al mundo su amor misericordioso y paterno. Es también un espejo donde se miran los hombres contemporáneos al santo y posteriores para contemplar el rostro de Dios. Por otra parte, cuando el santo es además fundador, es un surco abierto en la tierra de la historia en el que Dios va sembrando miles de vidas para que sean fecundas y den fruto. El fundador, con todo, es principalmente un padre que conoce y ama a cada uno de sus hijos, que se preocupa e interesa por ellos, que los educa y los lleva a la madurez humana y cristiana.

Esto ha sido Josemaría Escrivá para todos los miembros del Opus Dei, y para tantos otros que se benefician de su espiritualidad y acción apostólica. Mas don Josemaría ha sido, y con ello quiero terminar, un gran hijo de María. “No existe corazón más humano que el de una criatura que rebosa sentido sobrenatural.

Piensa en Santa María, la llena de gracia, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa del Espíritu Santo: en su corazón cabe la humanidad entera sin diferencias ni discriminaciones. Cada uno es su hijo, su hija» (*Surco*, n. 801).